LOS TEMAS TEATRALES

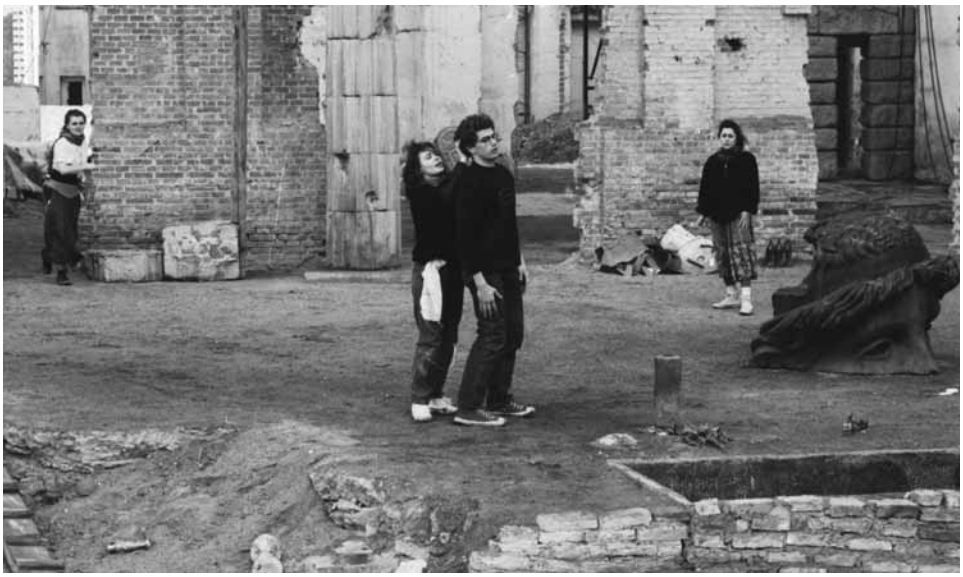
¿Los temas teatrales? ¿Hay temas específicamente teatrales, exclusivos del teatro, como puede haber temas novelescos exclusivos de la novela, o temas líricos exclusivos de la poesía? ¿O, por el contrario, los grandes temas son generales y comunes, y el teatro, la novela y la poesía toman esos temas colectivos y los acomodan y adaptan a sus respectivos menesteres?

Domingo Miras

Esos temas generales y comunes vienen a ser las ideas colectivas, las inquietudes sociales, los problemas compartidos por los miembros de cada sociedad y cada época.

Si tomamos como ejemplo una sociedad económicamente próspera que goza de un régimen democrático de libertades, es posible que la vida individual tienda al hedonismo y, en consecuencia, los espíritus religiosos y timoratos de esa sociedad estén alarmados porque piensan que entra en crisis la familia patriarcal que desde siempre les había cobijado. He aquí, pues, una general inquietud que afecta a un colectivo de varones respetables e influyentes: la familia peligra. El tema está servido, y no faltará quien lo aproveche. Un dramaturgo piadoso y amante de la tradición escribirá alguna obra que robustezca y magnifique la figura del padre, que con los nuevos usos sociales empieza a perder prestigio; hay que insistir en su condición solar, en su primordial papel en la procreación, en su bondad y en su valor, al tiempo que se recuerda que no es bueno que la mujer se quede sola y goce de libertad. Y nuestro piadoso dramaturgo, en efecto, escribe la *Orestíada.*

Y como la devaluación social del viejo patriarcado continúa en el ambiente, su condición de posible tema teatral permanecerá a disposición de los dramaturgos, y así vemos que, una generación más tarde, el reaccionario Aristófanes lo aprovechará y lo llevará bastante más lejos, mostrando a hijos que apalean cómicamente a su padre.



© Chicho

La Orestíada, **de Esquilo, dirigida por José Carlos Plaza e interpretada por la compañía Centro Dramático Nacional. Solar de la Ronda de Atocha (Madrid), 1990.**

¡Qué riqueza temática tiene la *Orestíada*! Y qué oportunismo también, por qué no decirlo.

Los jóvenes deben ser virtuosos y practicar el deporte en vez de escuchar las doctrinas disolventes de los sofistas; por eso Píndaro dedica su numen poético a ensalzar la gloria de los *atletas* que concurren a los juegos.

Pero, además, una sola obra puede tener varios temas. Sigamos con la *Orestíada.* No solo vela por la integridad de la familia y censura la excesiva libertad de las mujeres, sino que la memoria nos sugiere que al tiempo en que se escribía y se estrenaba esta trilogía, Atenas estaba en guerra contra Esparta. Aquella Guerra del Peloponeso tan larga, tan dura y de tan fatales consecuencias para el mundo helénico. Así, el aludido tema familiar se refuerza y se hace mucho más concreto: las esposas de los hombres que están en la guerra han de ser fieles y guardar la ausencia de sus maridos sin sustituirles por los posibles Egistos que se quedan en la ciudad. Pero, por otra parte, se ha de excitar el patriotismo de los espectadores, hay que decirles que Atenas es una ciudad ilustre y libre, que tiene en el Areópago una administración de justicia como ninguna otra ciudad de Grecia, que su *numen* tutelar, la ojizarca Palas Atenea, es la más sabia de las deidades, la más persuasiva y, a la par, la más temible: toda la tercera parte de la trilogía está dedicada a la expresa glorificación de la ciudad, o sea, a fomentar el patriotismo de los ciudadanos. Y, por añadidura, en estas mismas Euménides se insinúa un tercer tema de índole parecida: hay que alabar también a los aliados de Atenas que ayudan en la guerra, hay que destacar y reconocer la alianza de Argos, lo que se hace en la promesa ratificada con juramento de Orestes al despedirse tras recibir la absolución de su crimen:

> … ¡Marcho ya a mi patria, jurando a esta comarca, jurando a su pueblo, que nunca jamás, en los siglos de los siglos, príncipe alguno de Argos vendrá aquí en son de guerra, pues donde no, contra los que así quebrantaren los juramentos que yo hago, nosotros mismos desde el sepulcro donde entonces yaceremos, pondrémosles dificultades tan invencibles; tan triste haremos su camino y tan infaustos sus pasos, que les pese de su empresa! Mas si con fidelidad los guardaren y en paz y en guerra acuden siempre con su alianza a esta ciudad de Palas, les seremos propicios. ¡Salve, oh diosa! Y tú, pueblo de Atenas, ¡ojalá que tus enemigos no puedan escapar jamás de tus golpes y que seas siempre salvo y vencedor!

¡Qué riqueza temática tiene la *Orestíada*! Y qué oportunismo también, por qué no decirlo. Solo queda por aclarar un detalle insignificante que sin duda ya habrá advertido el ilustrado lector: la *Orestíada* se estrenó en el teatro de Dionisos el año 458 antes de Cristo, y la Guerra del Peloponeso transcurrió desde el 431 al 404, así que empezó veintisiete años después del estreno en cuestión. Por tanto, esa guerra no pudo ser el estímulo de la famosa trilogía; qué pena que empezara tan tarde. Debo, pues, disculparme por la licencia con que he adobado mi ejemplo, pero hay que reconocer que el tal ejemplo es excelente en teoría, abstracción hecha de que se produjese o no en el grosero espacio de la vida real.

Así que, como en el año segundo de la Olimpíada ochenta no había guerra, no hay tal tema patriótico en la *Orestíada.* Pero se da el caso de que esa tercera parte, esa *Euménides*, sigue siendo todo un himno nacional en toda regla, haya guerra o no la haya. Atenas es la patria feliz de felices ciudadanos:

> Oíd lo que mi amor os desea. Que jamás la furia de los vientos pierda los árboles; ni los ardores del sol abrasen las plantas e impidan que se abran lozanos los pimpollos; ni la triste y estéril sequía os azote. Antes bien, que vuestros ganados se multipliquen y a su tiempo os regalen con dobles crías, y que los ricos tesoros arrancados a las entrañas de la tierra honren la liberalidad de los dioses que os los dieron.

Este es el deseo y el vaticinio de las viejas diosas proféticas para Atenas y los atenienses. Un patriotismo bien edulcorado: los dioses mismos os aseguran que vivís en la mejor de las patrias posibles.

Y *Los persas*, ¿qué es sino un canto de victoria? Este texto sí que nació directamente de una guerra, pero no de los esfuerzos de una guerra presente, sino del descanso de la ya pasada, aunque no es difícil ver en él insinuarse el consuelo por los males padecidos haciendo ver el estrago mucho mayor sufrido por el enemigo.

Es clásica entre nosotros la visión de *Las troyanas* de Eurípides como un alegato con-

tra la guerra, al trasladar a las mujeres de la vencida Troya la inhumanidad de la guerra presente, que ahora sí es la del Peloponeso, contra la que a su vez escribió Aristófanes reiteradamente, aunque este prefería referirse no a las crueldades físicas, sino a la escasez de los abastecimientos: recordemos a aquel megarense de *Los acarnienses* que vendió a sus dos hijas para comprar comida, y quedó después pensando en hacer lo mismo con su mujer y su madre. Naturalmente, se trata de una escena cómica.

En todo caso, si la guerra es una circunstancia social que brinda el tema del patriotismo de una manera espontánea, la guerra no es indispensable para que el tema aparezca; basta con su recuerdo, como hemos visto en *Los persas*, o ni siquiera eso, como en la *Orestíada*. La adulación a la patria o, por qué no, la adulación a los que mandan como representantes o encarnación de la patria misma, aunque esto pueda parecer mezquino. Cuando me acuerdo de la última escena del *Enrique VIII* de Shakespeare, suelo sentir un poco de vergüenza ajena. Tras haber dedicado varias obras a exponer las guerras civiles provocadas por las casas de Láncaster y York, que eran un doloroso recuerdo bajo el reinado de los Tudor (con lo que indirectamente se mostraba el contraste de la paz interior aportada por esta dinastía), el dramaturgo, por boca del *lord* arzobispo de Canterbury Cranmer, se lanza a profetizar el feliz reinado de la recién nacida Isabel I, tras haber prevenido que no se tome por adulación lo que va a decir, y a renglón seguido proclama que aquel bebé será un modelo para todos los que vengan después, y añade que la reina de Saba no tuvo nunca tanto deseo de saber y de hermosa virtud, etc.:

> … La verdad se educará en su regazo; los santos y divinos pensamientos se le ofrecerán como perpetuos consejeros. Será amada y temida; sus súbditos la bendecirán; sus enemigos temblarán como un campo de trigo trillado e inclinarán sus cabezas con dolor. El bien de todos acrecerá con ella. Bajo su reinado, cada cual sentado bajo su propia viña, comerá con seguridad lo que plante y cantará a todos sus vecinos las alegres canciones de la paz…

El panorama es tan encantador como el que las Euménides preparaban para Atenas. Pero no bastaba con derramar flores sobre la reina Isabel Tudor. Como el gran Will escribía ya en tiempos de su sucesor Jacobo I, el buen *lord* arzobispo continúa profetizando sin intención de adular:

> Así, cuando el Cielo la llame de esta mansión de tinieblas, transmitirá su bendición a un príncipe que de las cenizas sagradas de Su Majestad se elevará como un astro tan esplendoroso en renombre como ella misma y brillará con el mismo fijo resplandor. La paz, la abundancia, el amor, la verdad, el terror, que eran los servidores de esta niña privilegiada, serán también los de su sucesor, que se adherirán a él como una vid…

Para qué seguir. El propio cisne del Avon debió comprender que se había pasado, cuando hizo un Epílogo que comenzaba:

> Van apostados diez contra uno a que esta pieza no puede a todos los que se hallan aquí…

En fin, si, como decía Horacio, incluso Homero se duerme, bien puede ser que, a veces, el cisne ocultara la cabeza bajo su ala de nieve y se dejase adormecer por las tranquilas aguas de aquel manso río.

Los temas del teatro, en cualquier caso, son los que marca la dirección del viento, morales cuando apuntan los cambios de costumbres, patrióticos cuando los sentimientos colectivos se hallan en tensión política (guerras exteriores en el caso de Atenas o temor a conflictos intestinos en el de Enrique VIII) o, lo más próximo a nosotros: la alineación tridentina española y el catolicismo militante que resultó en la sociedad, produjo los autos sacramentales y las comedias hagiográficas. Cuando las injusticias sociales, económicas o políticas, se hacen conscientes (lo que ocurre en un determinado momento histórico y no en ningún otro), la conciencia social de esa iniquidad es igualmente un tema que ha producido la generalidad del teatro del siglo XX.

Se podría continuar la búsqueda de nuevos ejemplos que se incorporarían a lo ya dicho sin añadirle nada nuevo. Los temas del teatro, en definitiva, son los temas de la vida, simplemente. ■

Los temas del teatro, en cualquier caso, son los que marca la dirección del viento.